

De colaboración

Desde la tribuna de "Cuasimodo"

(NOTICULAS)

LOLA COLLANTE

Como tengo a mis órdenes las columnas de CUASIMODO y CUASIMODO es una alta tribuna, quiero empinar-me desde ella para decir algunas cosas rotundas sobre las mujeres en general y en especial sobre mis compatriotas de Centro y Sur América. No quiero al decir esto significar que voy a deleitarme haciendo en miniatura cuentos o novedades de subido color, de esos que algunas señoritas gustan de leer a solas furtivamente y por los cuales conservan aun el decoro de sonrojarse en público. Al hablar de "ellas" no me mueve el deseo de hincarlas para provocar sus odios, me arrastra al contrario, la sana y vehemente intención de hacer llegar hasta ellas un rayito de sol de la vida universal que ilumine su mente, la más de las veces tan pequeñita y oscura como los cuartos de los pobres en las ciudades grandes.



LOLA COLLANTE

Nuestra colaboradora, una de las mejores plumas femeninas de Hispano América.

Hay la creencia general de que son los hombres los que pueden realizar ciertos estudios acerca de la mujer. Para mi tengo que no. Ellos sin darse cuenta quizá, están obsesos por la eterna *femina* y aun los más serenos y rectilíneos, escriben bajo esa influencia inmediata o lejana. Es natural! La mujer nueva como la mujer antigua, la boxeadora de hoy como la bailadora de minuet de antaño, siguen sosteniendo el prestigio del simbolismo que encierra el arbol del bien y el mal. Por eso, a los hombres hasta ahora, la mujer les prepara sorpresas inesperadas de psicología y temperamento. Cuántos detalles de indole enteramente espiritual se escapan a los ojos de los hombres y saltan a las miradas de una mujer con la misma sencilla confianza con que se descifren en la intimidad los corsets y aparecen deformidades que la severidad del ceñido no dejaba siquiera sospechar. Yo que he sor-

prendido muchos de esos detalles o me he puesto pacientemente entre sonrisas, a perseguir otros, puedo hablar de estas cosas. Algunos pensarán que las mujeres nos movemos por idénticos resortes y que nuestra cuerda principal es la emulación y la envidia. En mí esa cuerda debió romperse hace tiempo por oxidada.

* *

Nunca humana creatura se vio más doblegada y más sujeta a trabas que la mujer. Nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros maestros y hasta nuestro ambiente casi uniforme, conspiran en contra nuestra para cegarnos y nos van preparando los mil cepos que nos cautivan; nuestra Buena y Santa Madre la Iglesia, no descuida, celosa, tampoco, nuestra preparación para el misterio, como si al entrar en la vida nos ejercitaran para desempeñar algún ritual. El pecado mortal nos inmovilizó de terror durante muchos años; estábamos en la risueña infancia y trocamos nuestras risas infantiles por el gesto de pavor y sumisión. Hasta los simples hechos fisiológicos nos fueron transmitidos bajo una velatura mística y dándonos una trascendencia maliciosa y pecaminosa de que carecen. La misión dolorosa de la maternidad no fue en sí suficiente legado, fué preciso que esta ineludible misión significara también un misterio que nos es vedado conocer plenamente en teoría, so pena de impudicia. Todos, ya lo dije, cooperaron a deprimirnos y a estupidizarnos con anacronismo desesperante. Y de todas esas trabas, de todos esos velos fue formada nuestra alma; brotó de ahí nuestro tipo casi uniforme, sin variantes, de la mujer su americana. En otras naciones avanzadas la lucha de la mujer para hacerse un hueco entre la humanidad, ha sido ruda.

En Francia fue preciso que un grupo de muchachas valientes afrontara la chacota de los estudiantes y las bromas discretas de los profesores, para asistir a las clases que se dictaban en la Universidad de París. En Inglaterra, mucho después, hace poco casi, más de sesenta mil mujeres elevaron una petición al Parlamento pidiendo el rechazo de las sufragistas que reclama-

ban el derecho a votar. Nosotras las del "continente estúpido" no hemos esbozado siquiera un gesto como el de las francesas en otra época. Ni para la vida del puchero, de la cuna y del biberón nos han sabido preparar. Y mientras las de países adelantados no han tenido más que avanzar, a empujones o a codazos, nosotras tenemos que emprender el doloroso viacrucis de desandar lo andado y comenzar a arañar para romper luego, los espesísimos muros de sombra.

* *

Mi misión de periodista por una parte y cierta vaga nostalgia de la que aun no he podido desprenderme por otra, me impulsan siempre a leer los periódicos de mi país. Siempre también aguardo una mutación absoluta y esencial en el alma y en las ideas nacionales de Colombia transparentadas en la prensa. Por eso, al abrir un periódico del Cauca, me encontré con una noticia curiosa que tenía allí un relieve notable. En ella se copiaban las comunicaciones cruzadas entre Gompers, Jefe de las Sociedades Obreras norteamericanas y el esmirriado cuerpo obrero de la República de Colombia. Gompers un gesto de fraternidad, quiere que los obreros colombianos colaboren en la obra de emancipación de las clases oprimidas; pero los pobres obreros de Colombia que rezan aun el rosario y se anudan los pantalones con un cordón de San Francisco, asumen un gesto de altivez y contestan al llamado de Gompers, diciendo que Colombia tiene un resentimiento antiguo con los Estados Unidos que les veda aceptar tratos amistosos con los obreros de allí. Pobres! Ellos no saben lo que hacen; lo saben sí, los falsos apóstoles del patriotismo que se aprovechan de su ignorancia y les exaltan la fibra sentimental, mientras trabajan ahincadamente para que los EE. UU. salden con los veinticinco millones prometidos, la rapacería cométida con Colombia, y de los cuales ni un sólo céntimo irá a aumentar la cuota semanal para el puchero de los humildes, de los mansos obreros que allá en la república del Corazón de Jesús, rezan aun el rosario y se amarran los pantalones con un cordón de San Francisco.

Yo y el indefinido

(El camino de la dicha)

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

I.—Aunque lo sienta, no puedo seguirte en tu manera tan utópica de pensar.

Yo.—Ni lo pretendo.

I.—Entonces, ¿para qué disentes?

Y.—Para procurar convencerte; nunca para llevarte a que pienses forzosamente como yo.

I.—¿Y si no llegaras a convencerme?

Y.—No me importaría. Te acepto ahora como eres, para que me aceptes como soy. Luego te seguiré aceptando como seas, para que continúes aceptándome como pueda llegar a ser.

I.—¿Y si te dijera que pensaba como tú y te engañase?

Y.—El engañado serías tú.

I.—No es ese el sentido de la pregunta. Me refiero a tu proceder conmigo, si descubrirías mi engaño.

Y.—Te despreciaría y compadecería simultáneamente, por cobarde, por indigno, por falaz; y dejaría de aceptarte con agrado.

I.—¿Qué más te diera que yo pensase o no como tú, en realidad, con tal de que dijera en todas partes que sí pensaba como tú y lo aparentase?

Y.—Todo menos eso. Nada detesto tanto cual las apariencias y las hipocrecías. Si me manifestases que pensabas como yo y no fuera cierto, no serías tú el que yo aceptara; el aceptado sería otro, un ente invisible, oculto dentro de tu persona visible.

I.—Dudo que me despreciases por tan poca cosa.

Y.—No lo dudas. Para mí es mucha cosa. ¿Te parece una pequeñez que me hicieras ver en tí un ser muy distinto del que fueses en verdad, sólo por congraciarte conmigo o por otra indignidad semejante?

I.—¿Y si yo soy débil y carezco de capacidad para poder controvertir contigo, hasta rematar en una conclusión definida y clara?

Y.—Una cosa es la debilidad y otra la baja-jeza. Si eres débil, muestra tu debilidad y cual seas te aceptaré. Lo que no puedo aceptar es a un débil con la máscara de fuerte. Yo acepto, ya te lo he asegurado, a los seres humanos como son, en tanto que no

consigan ser como quisieran y como yo apetezco.

I.—¿Y si mi debilidad fuera tanta, que yo no alcanzase a declararla siquiera?

Y.—Acabaría por aceptarte así, cuando me persuadiese de que así eras; pero entonces no aceptaría en tí al ser fingido que tratabas de presentarme, y al cual seguiría despreciando y compadeciendo, sino al otro ser real que resultaba residir en tu interior.

I.—¿Y si yo precisaba fingir?

Y.—El fingimiento, hijo de la vana presunción, es una energía mal encaminada más bien que una debilidad.

I.—En el caso de que yo llegase a pensar como tú, supongo desde luego que me aceptarías muy gustoso.

Y.—Según. Si pensabas como yo por propio convencimiento, nacido de una evolución mental por tí mismo elaborada y completada, sí; pero si lo hacías por complacerme o por adularme, no. Y si al fin te aguantaba, sería llevando mi tolerancia a un extremo descomunal, y haciendo de ella un sentimiento muy conmisericordioso más que fraterno.

I.—¿Y no sería perjudicial tanta tolerancia, para la destrucción o aminoramiento de los males sociales?

Y.—Uno de los mayores males que la Humanidad padece es el de la intolerancia; ningún otro acaso la roba tantos grados de felicidad. Los intolerantes son siempre des- póticos y crueles.

I.—Sospecho que la mucha tolerancia contiene algo de flojera.

Y.—Estás equivocado sin duda. A no ser que confundas la tolerancia que transige por el momento y dilucida y actúa siempre con la resignada y abúllica pasividad que nada examina y todo lo acata. La persona tolerante vive inflamada por un espíritu filosófico y poético, muy depurado y sensible, que indulge porque comprende, porque conoce la obligada relación de las causas con los efectos; que sabe plenamente que los errores sinceros, las faltas y los crímenes de las gentes son efectos sociales, que no pueden suprimirse sin que desaparezcan antes las causas que los determinan. A las cau-

sas si que debemos y necesitamos combatir-
las, sin descanso y sin temor.

I.—¿Cómo transigir con los malvados?

Y.—Los malvados lo son siempre sin que-
rerlo, y en numerosas ocasiones hasta sin
saberlo. Potencias concurrentes, superiores
a sus resistencias orgánicas y psíquicas, los
arrastran y los precipitan.

I.—Páreceme que extremas la tolerancia.
Sin embargo, tus razonamientos comienzan
a inducirme a pensar.

Y.—Muy bien. Eso me place: Hacerte pen-
sar, no conquistarte de pronto, ya que lo fá-
cil lo conceptúo poco sólido y duradero;
hacerte ahondar en tí mismo; hacerte bus-
car los elementos de concepción, de com-
prensión, de asimilación, de liberación, que
guardas dentro de tí, cual todos los racio-
nales, y que nadie puede darte ni adherirte
a la epidermis, si tú no consigues toparlos
en tus rebaños. Has hallado el camino ver-
dadero. Sigue por él. Piensa, piensa, piensa.
Esa iniciación encauzatriz es lo más que
un cerebro desorientado o amodorrado pue-
de recibir de otro cerebro. Lo demás son
postizos mal pegados, idolatrías más o me-
nos estensibles, amasamiento de individuos.
Y a lo que se debe tender es a la individua-
lización de la masa, de todas las masas; y
a la independencia más omnímoda para las
diferentes modalidades de dichas individua-
lizaciones.

I.—Veamos otro aspecto de la cuestión.
¿Y si tropiezas con un intolerante feroz,
que no te concede el derecho a la tolerancia,
proclamado y defendido por tí a favor de
todo el mundo, sea como sea y piense como
piense?

Y.—Frente a los intolerantes rabiosos
que adeptan la ofensiva más violenta, no
hay otro remedio que ponerse a la defensi-
va. La defensa es natural, incuestionable,
santa. Pero en el instante que su ofensivi-
dad cese, por la fuerza que se la opone o
por otro motivo, será bueno que reanudem

el cabal y franco ejercicio de nuestra tole-
rancia, para persuadir con el ejemplo, que
constituye siempre la mejor predicación.
Así y sólo así, obtendremos que nuestro rival
vaya siendo también más tolerante cada
día.

I.—¿Y si este tornase a emplear la vio-
lencia?

Y.—Tomaríamos nosotros a defendernos
en igual forma, y a interrumpir la defensa
cuando él suspendiese los ataques. De lo
contrario, nuestra defensiva se trocara en
ofensiva, lo cual fuera caer en el mismo de-
fecto del adversario. Tantas veces como se
nos acometa, debemos defendernos. Tantas
veces como se deje de acometernos, debemos
paralizar nuestra defensa. Y renovar en se-
guida la propaganda oral, escrita y práctica
de la tolerancia, difundiéndola en todas di-
recciones y pidiéndola para todos los seres,
sin importarnos que los demás no sean to-
do lo tolerantes que deben. Nunca imitemos
al contrincante, precisamente cuando le com-
batimos, en la peor de sus cualidades. Sea-
mos nosotros cual creemos que debemos ser;
sean ellos como crean que pueden ser. Lo
que más importa es "ser"; pero "ser" de
verás, con trazos concretos y peculiares. E-
sa es la tolerancia humana, racional, activa
y justa; que lo inquiere y compulsa todo en
cuanto a las causas y que se lo explica y lo
disculpa todo en cuanto a los efectos.
Observa despacio y verás que los erro-
res y los actos reprobables de las per-
sonas, y hasta las mismas personas, suelen
tener bastante más de efectos que de cau-
sas. En consecuencia, no titubeo en procla-
mar, como elixires maravillosos de la fra-
ternidad y de la ventura humanas, la sincer-
idad y la controversia, mantenidas por la
tolerancia recíproca; mas una tolerancia
viva, gentil, laboriosa y aerisotratriz, que to-
do lo profundice y avalore; no la tolerancia
nirvánica, tímida, infecunda y glacial, que
nada estudia y ante todo se rinde servil-
mente.

Segunda carta de Juan Silvestre a su amigo P. S. sobre una virtud que carece de alas

CARMEN LIRA

Amigote bueno y sin pretensiones como
un bollo de pan blanco: Imagino que llego,
que te abrazo y me siento a tu lado.

Sabes?, ni mi enfermedad cede, ni las so-
licitudes del vecino tampoco.

Ah! cuán fácil es cuando el tiempo anda

como el de ahora con aguas y ventoleras en-
tre manos, cumplir con esa obra de misericor-
dia que manda visitar a los enfermos, si éstos
habitan tabique de por medio.

El buen señor llega, se arrellana en un si-
llón y comienza a darme conferencias sobre la

moral más sosa que puedes concebir, con su habilita de sacerdote entre el confesonario.

He comprendido que mi hombre cultiva virtudes que me son profundamente antipáticas como esta de la gratitud. Ha disertado largo rato sobre ella.

Apenas escuché el primer elogio, cogí mi pipa y mi pensamiento se las largó de mi habitación, entre las volutas de humo. Dentro de él, sin embargo, iba repicando con su sonido dulzón, la palabra "gratitud", que todos los hombres repiten poniendo los ojos en blanco. Probablemente tu amigo Juan Silvestre es un sér immoral, porque te confieso que le tengo aversión a esta virtud de ojos de perro. Y te confieso también que ha tiempo la eché de mis dominios.

No erco conveniente que todos hagáis lo mismo: es una virtud glutinosa, indispensable en las sociedades. Pone en servicio las relaciones quebradas o hendidas: no hay más que aplicar un poco de ella y la grieta queda hipócritamente cubierta o los pedazos tranquilamente juntos como si en su vida se hubieran separado.

A las personas honorables, de memoria feliz, las miro siempre con una gran desconfianza y procuro huir de sus campos de acción. Qué cosa más tremenda es dar el más ligero codazo a estas criaturas, si antes han derramado sobre vosotros su misericordia corrosiva! Inmediatamente os miran de cierto modo asombrado y sonríen con aire de mártir que despierta en mí deseos criminales.

Hay gentes que me han cubierto de favores a las cuales jamás he podido amar.

Hacer favores o recibirlos! Atar a otro al carro de la gratitud o ser atado a él! le digo que me he avergonzado, cada vez que me sorprendí evocando con cadena al cuello, la ayuda que tuve la suerte de prestar a un prójimo.

A cuántos humanos, la visión de esta virtud ha dejado inmóviles y mudos ante la injusticia!

Hay las almas que al haceros el bien, tienen el aire de gentiles doncellas en una fiesta, que os coronaron sonriendo, de rosas frescas y aromosas, escanciaron vino generoso en vuestro corazón embriagado así, y os pusieron alas que después de meceros entre las

nubes os llevarán a construir un nido de amor en su regazo.

Hay, las que hacen el favor descarnado, siempre de dinero que sale de un bolsillo lejano muchas leguas del corazón y ofrecido con embozado ademán protector. El que lo recibe parece convertirse en una hucha de barro entre cuya oquedad suena al menor movimiento seco y vulgar el favor, como una moneda.

Y hay las almas de sembrador vulgar, quien al poner el grano en el surco lo ve ya centuplicado en su granero; o de mercader devoto que al dejar su dinero con aire grave en la mano del necesitado cree trabajar su silla al lado de la Santísima Trinidad.

Almas todas ellas, menos las primeras, que al haceros su merced, es como si os clavaran una espina en el pensamiento. Y simultáneamente sentís que nace en vosotros el pesado sentimiento de la gratitud, cuyo polo tiene el mismo nombre del sentimiento interesado que impulsó a favoreceros. Entonces, a semejanza de lo que pasa en los imanes, estos dos polos del mismo nombre se rechazan.

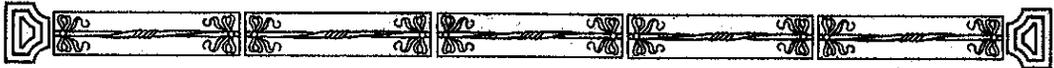
Sobre mi mesa de trabajo hay una pequeña escultura, copia de la Victoria Volando de Akermos: su ingenuo autor, para indicar que la figura avanza en el aire, la arrodilla y para que el cuerpo no toque el suelo, apoyó en el pedestal, los pliegues de su túnica.

En esta figura arrodillada que simula un vuelo, que finge remontarse cuando está bien apoyada en la tierra, veo el símbolo de la decantada gratitud.

Por reflexiones como éstas vagaba yo mientras mi visitante quemaba incienso ante la diosa que tan mala reputación tiene en mi ánimo. Cuando bajé, él tenía la cara ligeramente encendida y hablaba aún con voz temblorosa sobre el mismo asunto.

Ya termino, tranquilízate. Te vuelvo a abrazar, dando gracias a Dios porque nuestra amistad no ha tenido que ponerse en cuatro patas ni echar rabo para agitarlo expresivo ante un favor, porque entre nosotros no hay favores que van ni vienen, sino mucho cariño que como el buen vino, conforme envejece, se ennoblece más.

JUAN.



Noticias del mundo científico

Las deudas grandes no pueden ni deben pagarse

FEDERICO CALVO

El dinero no es riqueza.—El libre comercio aumenta la riqueza social.—Invadir mercados es exponerse a ganancias negativas

EL problema monetario no es de muy difícil comprensión y, sin embargo, es uno de los que más se han prestado a la confusión. Rara es la persona que no considera el dinero como una riqueza positiva y son muchos los que se extrañan de que los países productores de oro no sean los más ricos de la tierra.

En algunas de las nacionalidades retrasadas de la América los gobiernos se han empeñado en la acuñación de monedas en la firme creencia de que por ese medio se acrecienta la riqueza y se asegura el bienestar social.

La desmonetización del oro o de la plata y su retiro de la circulación son considerados como acontecimientos que amenazan ruina social y descrédito para los Gobiernos. Sin abundancia de moneda los pueblos se sienten menoscavados en su soberanía.

Todas estas manifestaciones nos demuestran claramente que el dinero todavía se considera como riqueza positiva y en ese convencimiento no ha faltado quien lo acoñe con peso excesivo y con todas las exigencias del arte, como si por ese medio aumentase el monto de la riqueza pública.

Todas estas suposiciones y todos estos cálculos son realmente engañosos, pues el oro y la plata no constituyen riqueza de por sí, es decir, no tienen la condición de poder directamente satisfacer nuestras necesidades. Un hombre puede morir de hambre en medio de fabulosos tesoros, así como pasar

una vida tranquila y satisfecha sin un cuartillo en el bolsillo. Las tribus salvajes viven sin moneda y los metales preciosos los emplean más bien para adornarse o cambiarlos por baratijas insignificantes, que para subvenir a sus necesidades cotidianas.

En este respecto el hombre de las selvas resulta más racional que el morador de las ciudades, cada vez más convencido de que el oro es el remedio de todas las dolencias y el pan de todas las necesidades.

Y así como el cronómetro no es el tiempo, ni el metro la distancia, del mismo modo el oro y la plata no son la riqueza, sino meros instrumentos de medida por cuyo medio el hombre ha realizado muy significativas ventajas, entre ellas la de poder comprar y vender sin tener que recurrir al procedimiento rudimentario del trueque de productos por productos.

Sin embargo esta conveniencia es de muy limitado alcance cuando la cuantía de las transacciones es considerable y cuando los mercados se hallan unos de otros a mucha distancia, pues el acarreo de dinero en gran cantidad es incómodo y peligroso y las monedas que circulan en un país no tienen corriente-aceptación en otro.

Tales inconvenientes fueron subsanados con la creación del billete bancario y la letra de cambio, recurso el primero destinado simplemente a evitar las incomodidades de la conducción de numerario dentro de las ciudades, y la segunda a facilitar el cambio internacional de valores sin necesidad de remesar dinero.

La emisión de billetes fue en un principio permitida a los bancos respetables y me-

diante el correspondiente respaldo en efectivo, como que su objeto era apenas el de evitar las incomodidades en la conducción de la moneda. Pero cuando se comprendió que el atesoramiento por su pasividad constituía una positiva pérdida y que la emisión de billetes podía ser satisfactoriamente respaldada por valores distintos de la moneda, dando con ello más actividades a la circulación, las emisiones fueron ampliándose de acuerdo con las necesidades económicas, hasta llegar a una manifestación como la que consagra la ley de bancos en los Estados Unidos.

La letra de cambio y el cheque de banco son documentos de crédito que se emiten bajo la responsabilidad de las entidades libradoras y por cuyo medio el comercio internacional ha logrado alcanzar fabulosas proporciones.

Hoy en día el hombre civilizado puede pasársela sin numerario como el salvaje, sin que por ello se perjudiquen las actividades del cambio. La mayoría de las transacciones tanto las pequeñas como las grandes, las que se realizan dentro de las ciudades y fuera de ellas, en el interior y en el exterior de las naciones, se llevan a cabo sin numerario y valiéndose de billetes bancarios, de letras de cambio y de cheques. La única moneda que circula es la fraccionaria, la de valor insignificante y la que nos sirve para las compras cotidianas. La moneda de oro rara vez frecuenta los mercados y solo es visible en los pueblos miserables y a donde quiera que todavía subsista el fetichismo monetario, o sea el que induce a creer que el oro es la riqueza por excelencia y que rico es el que más dinero posee.

Economistas de otros tiempos ya habían pensado y discurrido sobre lo factible del intercambio comercial sin el dinero como intermediario, llegando hasta imaginar la creación de un billete universal o que circulase libremente en todos los países; esta hipótesis de entonces parece que la está realizando el billete americano sin tropiezo ni dificultades en los países europeos y en los latinoamericanos.

Con el oro en abstracto se pueden universalizar los cambios, mientras que con el oro en concreto se disminuye la actividad de las transacciones y se aminora su cuantía. El intercambio comercial, mientras más se extiende y se desarrolla, tanto más hace utilizables las capacidades productoras de los hombres y de las cosas, es decir, crea riquezas. Sin los recursos del cambio el manantial de materias primas que se producen en la América

ecuatorial, por ejemplo, no constituirían riqueza, desde luego que no podrían exportarse a los centros transformadores.

Pues bien: todas las ventajas que se derivan de la universalización de los cambios y del contabilismo social por cuyo medio todas las obligaciones pueden cancelarse sin necesidad de dinero, ya por compensación, por confusión o por novación, el régimen capitalista, favorecido por todos los gobiernos, tiende a entorpecerlas considerando el comercio—al decir de un aventajado economista—como un estado de guerra, como una de las formas de la lucha por la vida entre las naciones. De ahí esa forma invasora e imperialista que se le ha venido dando, queriendo avasallar los mercados extranjeros y librar de vasallaje el propio territorio.

Este cálculo desnaturalizado y estulto proviene de la infundada creencia de suponer que la condición de comprador es inferior a la de vendedor, como si fuesen posibles las transacciones sin la concurrencia de esos dos factores. Y en ese empeño de vender sin comprar o de exportar sin importar, los gobiernos, por su parte, establecen sus rentas por gravámenes de importación, convencidos que con ello protegen la industria y aumentan sus haberes fiscales.

Constantemente se exhibe la balanza del comercio y se siente especial satisfacción cuando la cifra de las exportaciones excede de las importaciones, sin sospechar que tales datos son realmente engañosos, desde luego que el balance de las cuentas es el que suministra el dato positivo y este dato demuestra claramente que toda exportación implica una importación equivalente. Si Panamá, por ejemplo, importa de los Estados Unidos un millón en maquinaria agrícola, tiene que exportar un valor equivalente, ya sea en productos o en letras de cambio, pues si no verificase tal exportación querría decir que no pagaba sus deudas, y los Estados Unidos, siendo como son un país que exporta mucho y no importa nada, al decir de los que viven dentro del error económico, no se descuidaría en el cobro de la deuda cuyo pago constituiría una importación para dicha nación y una exportación para Panamá. La transacción de este ejemplo demuestra hasta la evidencia que las importaciones implican exportaciones correspondientes y que las exportaciones determinan el mismo resultado con relación a las importaciones.

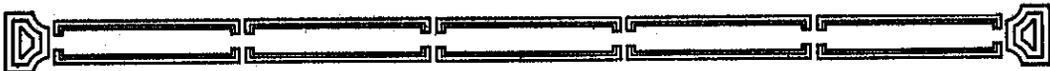
El capitalismo americano, guiado por el error económico que dejamos apuntado o imbuido en su arrogancia imperialista, creyó que la guerra europea era el momento más oportuno de vender considerablemente

a los países aliados y reducirlos a la triste condición de deudores, sin percatarse de que estas exportaciones, por el estado anormal y derrochador de la guerra, no iban a motivar las correspondientes importaciones, como acontece en las épocas de normalidad productiva. Así, pues, la poderosa nación del Norte ocupa el puesto de principal acreedora y siente la satisfacción de haber vendido sus productos a precios exorbitantes. Ahora sí que es cierto que sus exportaciones han excedido considerablemente a sus importaciones y que su balance de cuentas tendrá que saldarlo por pérdidas y ganancias, pues

la deuda de guerra tendrá que declararse en completa bancarrota antes que pretender amortizarla en el decurso de siglos.

En este desastre, por fortuna, no quedarán comprometidas sino las ganancias abusivas del capitalismo y los ahorros de los pobres patrioterros. Sería el colmo de los abusos el pretender indemnizar a los capitalistas cuando no se pueden indemnizar los brazos y las piernas de los mutilados en la guerra ni la existencia de los que en ella sucumbieron, y valores por valores, éstos son realmente positivos, al paso que los primeros son completamente relativos y secundarios.





Actuación de la mujer moderna

La maternidad y la infancia en Rusia

(Traducido de la revista "Soviet's Russia", de New York)

EN tiempos revolucionarios, cuando todas las energías se dedican a la protección de las ganancias logradas por la revolución, cuando por todas partes se ven enemigos y peligros, la labor de la reconstrucción social es extraordinariamente difícil. Hay ciertas esferas de la vida, sin embargo, que no consienten demoras. Y el Gobierno revolucionario está obligado a hacer todos los esfuerzos posibles para solucionar cuestiones tan inmediatas y apremiantes.

Uno de los problemas que no pueden de ningún modo aplazarse, es el que concierne a la infancia y a todo lo que se relaciona con su desarrollo moral y físico. Es natural que en un Estado que está luchando por el socialismo, la cuestión de los niños, el problema de las futuras generaciones, por la prosperidad de las cuales se han hecho sacrificios incalculables, es asunto de importancia cardinal, la piedra angular de la enseñanza cardinal, la piedra angular del nuevo sistema de educación. La Rusia Soviet ha hecho en realidad, una gran revolución en esta esfera; se ha acercado a la solución de estas antiquísimas cuestiones de un modo tan valiente y nuevo, que a pesar de todas las dificultades prácticas para la realización de sus planes, las perspectivas no pueden ser más favorables.

Para comenzar, por medio de un conjunto de decretos y regulaciones, el niño ha sido convertido, desde sus primeros días de cuna hasta la adolescencia, en un pensionista del Estado, por así decirlo. Tiene derecho a enseñanza gratis, a alimentación gratis y a recreo gratis. Toda una red de instituciones han sido organizadas con este fin: hogares,

kindergartens, escuelas, colonias de niños; teatros, excursiones y conciertos funcionan ya en grande escala.

Pero el Estado toma a su cuidado a los niños antes de su nacimiento, ya que el período del embarazo materno se ha tomado en cuenta para protegerlo por medio de reglamentos especiales que tienden a librar a la madre de toda labor durante los últimos meses del embarazo, concediéndole el privilegio de una mejor alimentación (aumentándosele la ración de pan) y ofreciéndole gratis los cuidados de un médico. Durante el período de su confinamiento en el lecho, la madre tiene a su disposición el uso de una clínica, donde puede gozar de la mejor alimentación y cuidados posibles—bajo las presentes circunstancias—en unión con todos los demás pacientes.

No hay niños privilegiados; todos son iguales y a todos los atiende por igual el Estado. Toda madre está bien segura de que ha de encontrar un hogar para su hijo. No solamente puede ella hallar habitación para su hijo en "El hogar para madres y recién nacidos," sino que ella misma puede vivir en esta Institución un mes antes y tres meses después del alumbramiento. Si ella decidiese conservar a su nene en su propia casa y alimentarlo por sí misma durante las seis u ocho semanas después del alumbramiento, no solamente queda ella libre de todo trabajo o servicio (a que pueda estar comprometida), percibiendo íntegro su salario durante este tiempo, sino que también durante todo el período de lactancia se le dá el derecho a reclamar ayuda pecuniaria al igual que aumento de comida, la cual incluye una fracción especial de leche, cereales y mantequilla. Esto bajo el estado crítico actual de la cuestión alimentos, tiene, como es natural, una importancia extraordinaria.

Durante todo el período de lactancia, la madre está obligada a someter su niño periódicamente al examen de médicos especiales,

en dispensarios ad-hoc, donde se pesa y examina a los niños y se les dá a las madres informes y consejos relacionados con el cuidado de su hijos.

Por supuesto que antiguamente había también sociedades, dispensarios, hospicios de niños y asociaciones tales como "La gota de leche," pero todas ellas ostentaban un carácter caritativo, no eran obligatorias sino casuales y tenían el sello de limosna a los más necesitados. El Gobierno Soviet ha abolido este sistema de caridad y de beneficencia para los niños desamparados. Se propuso resolver la cuestión totalmente, y ha sustituido el principio de "ayuda a los niños desvalidos" con el otro principio de "no debe haber niños desvalidos."

Hay numerosas instituciones encargadas especialmente de los niños. Los niños de más tierna edad son puestos bajo el cuidado del "Departamento de protección de la maternidad y la infancia," rama del "Comisariato del pueblo," que tiene a su cargo la función de "mantenimiento social." Este Departamento está a cargo de una complicada red de centros médicos, cursos de estudio, hogares para la educación, residencia, etc. Mucho se ha hecho ya; todavía más es lo que está en proceso de ser organizado, y hay planes vastos para una futura construcción. La ayuda de los más científicos elementos del país ha sido asegurada. Los planes que se están elaborando están de acuerdo con las más modernas ideas científicas. El designio del estado es el de infiltrar por todos los medios en las masas populares la necesaria información elemental, el popularizar los conocimientos científicos de medicina, higiene y fisiología, transformar a la madre en un auxiliar inteligente en el desarrollo y cuidado de sus hijos.

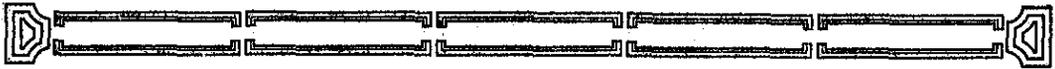
En relación con el Departamento de protección a la maternidad y a la infancia de Moscow, se ha abierto una exposición permanente. Esta exposición merece la atención más esmerada. Desde sus umbrales el visitante comienza a sentir que ha entrado en un mundo especial, en una atmósfera de profundo amor e interés para el niño. Lo primero que llama su atención es el período de embarazo. Las paredes están cubiertas con cuadros anatómicos. Estos rótulos artísticos contienen las reglas principales que deben observarse en bien de una mujer en estado de preñez. Existen también magníficos diagramas estadísticos sobre la herencia, alcoholismo, etc.

Embases de cristal contienen embriones que presentan las varias etapas de crecimiento del feto, incluso casos patológicos, y también se exhiben varios objetos de higiene, tanto los útiles como los perniciosos, con sus correspondientes inscripciones y explicaciones. El traje completo de una mujer en estado de embarazo se exhibe, incluso el patrón en papel. En la misma forma detallada, artística, popular y clara se representa todo lo que está relacionado con el período de alumbramiento, hasta la pequeña mesa donde se colocan las indispensables medicinas y otros objetos. También hay exhibiciones acerca del período de la infancia. Todos los aspectos de la vida de un niño, lo mismo de un niño sano que de un niño enfermo, se ilustran de una manera clara y completa. Todas las formas de las enfermedades de los niños están representadas con la indicación de los síntomas más evidentes, mostrándose los órganos correspondientes perjudicados por la dolencia, de igual modo que retratos de tamaño natural de las partes del cuerpo afectadas. Se muestran también cuadros estadísticos que ilustran los casos de enfermedades, cuadros verdaderamente artísticos que arrojan luz sobre la "historia del contagio" a causa de las moscas, etc., etc. Se exhiben utensilios, juguetes, varios alimentos, trajes tanto útiles como perjudiciales; todas las etapas del cuidado de un niño en lo que respecta a su alimentación y asistencia médica están allí patentes. Lo más importantes momentos de la vida de un niño, todo aquello que demanda la vigilancia más estricta por parte de la madre, está ilustrado allí en forma de avisos, consejos máximas y pinturas exquisitamente artísticas.

A esta exhibición se le han de hacer adiciones y mejoras que hagan de ella una ilustración permanente y un ejemplo constante para las madres.

En relación con esta exposición, funciona un aparato cinematográfico cuyo objetivo es ilustrar, mediante una sencilla historia, la idea de la institución de la protección a las madres y a los niños, sus problemas, actuación y resultados.

Esta exposición está destinada, en cuanto a la idea y planes que pone en práctica, a ser, mismo Departamento de protección a la maternidad y a la infancia, como la base para el gran edificio del futuro en la fachada del cual brillará una de las más modernas y deslumbradoras divisas de la bandera proletaria: "los niños son las flores de la vida."



Figuras del Proscenio

Eugenio Victor Debs: Candidato a la Presidencia de los Estados Unidos por el partido socialista

CORRESPONDIENDO a los deseos de muchos de nuestros simpatizadores que nos han escrito insistentemente pidiéndonos una silueta de Debs que contenga los hechos más culminantes de su vida y la exposición de sus principios más cardinales dentro del credo socialista, nos resolvemos hoy a intentar una sucinta reseña de ambas cosas.

Eugenio Víctor Debs nació en Terre Haute, Indiana, en noviembre 5 de 1855. Sus padres fueron Juan Daniel Debs y Margarita Bettrich Debs, nacidos ambos en Alsacia y llegados a América en el año de 1849. Los padres de Debs contrajeron matrimonio en Nueva York, septiembre 13 de 1849. De este matrimonio nacieron diez hijos, de los cuales murieron cuatro en la infancia.

Debido a la pobreza de sus padres, Eugenio, lo mismo que sus hermanos y hermanas, no logró obtener sino una muy escasa educación escolar, viéndose obligado muy pronto a dejar la escuela para ganarse la vida. A la edad de catorce años, en mayo de 1870, Eugenio salió de la escuela y entró de aprendiz en los talleres del ferrocarril "Terre Haute e Indianópolis." Poco tiempo después le hicieron fogonero de una locomotora de la misma compañía. Aunque su paga era muy escasa en este tiempo, todo lo que recibía se lo enviaba a su madre, por quien mostró siempre una devoción singular.

Y fué debido precisamente a las alarmas constantes de su madre ante los diarios peligros que rodeaban en aquel entonces su ocupación, que Debs abandonó el ferrocarril en octubre de 1874 y entró de dependien-

te en la tienda de provisiones de Hulman and Cox, Terre Haute. En este empleo permaneció quince años, hasta que se le eligió secretario del Municipio de Terre Haute, en cuyo puesto permaneció cuatro años. Su popularidad personal y su sólida reputación de hombre de intachable integridad, fueron causa de que se le ascendiera en 1885 a un cargo más importante, al de representante en la Legislatura del Estado por el partido demócrata.

Aunque la necesidad le hubiese lanzado de los bancos de la escuela a los talleres de un ferrocarril, no por esto decreció en lo más mínimo el afán de Debs por ilustrarse. Lecturas sueltas le habían dado a conocer las obras de Víctor Hugo y ya por este autor comenzó a sentir ardores humanitarios, reverencia por las ideas nobles y el amor de la buena literatura.

Mientras trabajaba como fogonero, Debs aprovechaba toda oportunidad aun durante sus horas de faena, para ilustrarse. Los libros le acompañaban siempre, y cada vez que podía se ponía a leer a la deslumbrante luz del horno. El maquinista, su jefe, solía regañarle bondadosamente por este hábito de leer, que a aquel inconsciente y estólido esclavo asalariado le parecía simplemente una forma de perder lastimosamente el tiempo. Sin embargo, la seria y firme determinación revelada por Debs en cuanto a nutrir su mente, le conquistó el afecto y la admiración de sus camaradas, que años después, al llegar él a ser la más dramática y vigorosa figura en los círculos obreros, tenían ocasión de recordar sus propensiones al estudio, regocijándose de que este hombre de entre sus

filas se hubiera preparado de tal modo para exponer su causa con tanta elocuencia y efectividad.

Ya desde muy joven Debs había manifestado una ardiente vocación por la oratoria. El mismo Debs ha escrito después acerca de su admiración por Patrick Henry y Robert Emmett—ambos oradores rebeldes—cuyas principales arengas él solía declarar a menudo con el entusiasmo y énfasis de la juventud. Dejemos a Debs mismo que nos cuente de su primera hazaña oratoria y de los efectos que hizo en su ánimo.

“Todo lo revolucionario me era simpático, y fué esto lo que hizo de Patrick Henry uno de mis primeros héroes. El entusiasmo que me inspiró su elocuente y fogoso reto al Rey Jorge, me llevó a concebir la idea de hablar en público por primera vez en mi vida, escogiendo al mismo Patrick Henry para asunto de mi discurso. Esto sucedió ante el “Club literario occidental” de Terra Haute, Indiana, al cual pertenecía yo entonces. . . y todavía tiemblo cuando recuerdo el genio que me saludó al aparecer, y siento de nuevo la sensación de las grandes gotas de frío sudor que me corrían por todo el cuerpo cuando me dí cuenta del trance en que me hallaba y de la absoluta imposibilidad de hallar escape.

“El espectáculo que hice de mí mismo aquella noche no se borrará nunca de mi memoria y las seguridades de simpatía por parte de mis amigos al final de la exhibición, no aliviaron en nada la sensación de humillación que sentí por la deshonra que había hecho caer sobre mí mismo y sobre mi santo patrón.

“Me dí cuenta entonces, por vez primera, de la necesidad que tenía de procurarme la educación que me había faltado, y en el acto mismo resolví desquitarme en la forma que pudiera. Comencé a trabajar en serio para aprender lo que tanta necesidad tenía de saber. Mientras atendía a una caldera por la noche, me dedicaba a asistir a una escuela privada seis horas diarias, durmiendo durante la mañana y asistiendo a la escuela por la tarde. Compré una enciclopedia por el sistema de entregas, un tomo cada mes, y empecé a leer y a estudiar Historia y Literatura y a dedicarme a estudios de Gramática y Construcción.”

Debs quedó muy impresionado con la historia de las revoluciones de los Estados Unidos y Francia. Los héroes y mártires de estas revoluciones eran sus ídolos y entre és-

tos Thomas Paine, el gran propagandista de la revolución americana, era el más amado.

Debs ingresó luego en la “Fraternidad de fogoneros de locomotoras,” donde prontamente se le hizo Secretario. Este fué el primer paso en su largo camino de devoción a la causa obrera. El mismo cuenta que durante diez años que perteneció a dicha Fraternidad, nunca estuvo ausente ni una vez siquiera de las sesiones de la misma. No pasó mucho tiempo sin que Debs recibiera reconocimiento nacional como líder obrero. En la Convención celebrada en Búfalo por la “Fraternidad de fogoneros de locomotora,” en 1878, se le nombró redactor del magazine “Firemen’s.” Por conducto de esta publicación, Debs pudo irradiar su entusiasmo por la causa de los obreros organizados más allá de los límites en que hasta entonces se había venido agitando. Sus energías y capacidades fueron tan justamente apreciadas, que la misma sociedad le nombró en julio de 1880 Gran Secretario, Tesorero General y Redactor Jefe del magazine. Sólo hasta febrero de 1893 Debs estuvo desempeñando su cargo de Gran Secretario y Tesorero, pero los puestos de Director y Gerente que tenía en el magazine de la Fraternidad los retuvo hasta 1894.

La labor de Debs en los citados cargos fué tan excelente, que cuando él entró a servirle a la Fraternidad, ésta no poseía más que sesenta logias y tenía deudas por valor de seis mil dólares. Y pronto bajo su administración, las logias aumentaron a 226 y la deuda se liquidó.

Pero a las actividades de Debs le venía estrecho el círculo en que se desenvolvía, ya que aspiraba a que la organización de los obreros por talleres y oficios se llevase a una fusión de todas estas ramas en una sola poderosa unión industrial. Deseoso de entrar en este nuevo campo, ofreció su renuncia de los puestos que ocupaba en la Fraternidad, en la Convención de Cincinnati celebrada en 1892. La Convención se levantó en masa para protestar de su renuncia y confirmarle en todos sus cargos, pero insistió Debs de tal modo, que la Convención no tuvo más remedio que aceptar su renuncia, y entonces, como una muestra de gratitud por sus excelentes servicios, se le acordó la suma de dos mil dólares para que pudiera hacer su viaje de recreo a Europa y descansar de sus recientes esfuerzos en pro de la causa. Debs, sin embargo, rechazó el donativo.

Una vez fuera de sus cargos, en la Sociedad de fogoneros de locomotora, comenzó Debs inmediatamente su campaña en favor de la nueva idea de unión industrial que ha-

éa tiempo acariciaba. Y gracias a sus esfuerzos, en junio de 1893 quedó organizada en Chicago la "American Railway Union" y se le designó para Presidente de la misma. Como una muestra de su desinterés, nada mejor que el hecho de haber renunciado su puesto en la Fraternidad de fogoneros, donde percibía una remuneración de cuatro mil dólares anuales, para abrazar la difícil y casi imposible tarea de organizar a todos los obreros ferroviarios en una sola unión, percibiendo por toda remuneración en su nuevo puesto novecientos dólares anuales, esto es, menos de una cuarta parte del salario que había renunciado.

En abril 13 de 1894 ocurrió el primer choque serio entre la American Railway Union y los magnates de las compañías, pues en esta fecha, a causa de una reducción en los salarios de los empleados, estalló una huelga en el gran ferrocarril del Norte. A pesar de que las compañías se habían resistido a toda clase de conversaciones con los directores de la huelga, seguros como estaban de que reducirían a los indómitos obreros, la labor de Debs fué tan vigorosa y tan inteligente, que logró lo que en aquella época era un triunfo sin ejemplo: que se llegase a un arbitraje, del cual resultó un arreglo que significó para los trabajadores un aumento de un 97 y medio por ciento de sus reclamaciones, aumento que ascendía a 145,000 dólares más de salarios por mes. Y todo esto, en una huelga que sólo duró diez y ocho días. Esta victoria electrizó a los trabajadores a tal punto, que cuando regresó Debs a Terre Haute en mayo 3 de 1894, fué objeto de una enorme ovación por parte de sus conciudadanos. Después de alcanzado este triunfo, el entusiasmo por la nueva organización industrial se hizo sentir en forma de adhesiones innumerables a la nueva asociación.

En el año de 1894, a causa de su participación activa en otra huelga, que no aconsejó pero que secundó una vez declarada, Debs fué arrestado y encarcelado bajo diferentes cargos. No permaneció más que seis meses en la cárcel en esta ocasión, pues cuando el Fiscal federal descubrió que Debs y sus abogados habían obtenido copia de las actas secretas de las reuniones de la Directiva General del ferrocarril, que comprometían gravemente a esta Asociación, se procedió inmediatamente a ponerle en libertad bajo la excusa de que uno de los jurados había enfermado. En esta ocasión fué que Debs, a su salida de la prisión y después de una enorme ovación que le hicieron sus entusiastas partidarios, pronunció una de las

más famosas arengas que se registran en la historia de la humanidad.

Pero había llegado ya un momento en que Debs, a despecho de la importancia enorme que le reconocía a la organización puramente económica de los obreros, había despertado a la convicción de que más importante aún era el poner en manos de los trabajadores el poder político, ya que se había comprobado que era el ejército y los tribunales, obedientes a los mandatos de los magnates ferroviarios, los que habían sofocado los varios movimientos de la American Railway Union. Reflexionando sobre todos estos reveses, había llegado a la mente de Debs gradualmente la idea de la organización socialista de la comunidad. Durante el tiempo que estuvo preso leyó muchas obras y folletos enviados por los socialistas esparcidos por el país por aquel entonces, y tropezó con el libro de Karl Marx "El Capital," y con escritos de Bellamy, Blatchford y Gronlund.

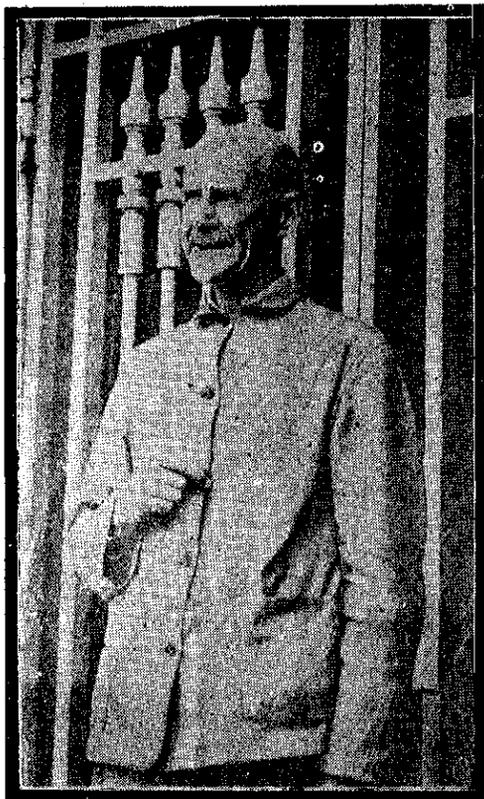
Es curioso notar que en 1896 Debs luchó por Bryan, candidato a la Presidencia de los Estados Unidos por el partido demócrata, ingenuamente persuadido entonces de que esta nueva figura de la política nacional estaba por los hombres y contra el dinero. Pero esta fué su última manifestación de alianza a todo otro partido que no fuera el partido socialista.

En el periódico socialista "The Appeal to Reason" realizó Debs varias brillantes campañas periodísticas de las cuales surgió, andando el tiempo, la formación del partido demócrata-social, ahora socialista, que quedó constituido en una convención celebrada en junio 21 de 1897.

En el año 1900, el partido socialista le designó candidato a la presidencia. Por primera vez se lanzaba el partido Socialista de los Estados Unidos a la arena política y en esta campaña Debs, el incansable propagandista, presentaba a las masas en frases sencillas la esencia de sus doctrinas, poniendo de relieve sus inagotables energías de luchador y el maravilloso efecto de su elocuencia. Ya Debs no era como en sus primeros discursos, un hombre tímido que expresaba con gran dificultad sus ideas al auditorio. Ya se había adueñado de los secretos todos de la dialéctica y su verbo poseía una magia irresistible. El papel dramático que este incorruptible caudillo de la nueva democracia venía representando en las luchas obreras, habían hecho de él para este tiempo una figura nacional. De lo seriamente que los viejos partidos políticos tomaban la campaña socialista de esta fecha, encon-

tramos elocuente testimonio en el rumor que esparcieron hábilmente de que Debs se había retirado de la arena en favor de Bryan. En un telegrama dirigido al "Appeal to Reason," que apareció en la edición de julio 28 de 1900, Eugenio Debs desmiente rotundamente este rumor malicioso en los términos que siguen:

"Appeal to Reason," Girard, Kans.—El rumor de mi retirada en favor de Bryan es absolutamente falso. Es un rumor fabricado por la prensa capitalista. Como candidato socialista, yo estoy en contra de



EUGENIO DEBS

en su prisión de Atlanta. E. U. de A

todos los partidos capitalistas, cualquiera que sea su denominación. El partido demócrata, al igual que el partido republicano, es defensor del sistema capitalista y de la esclavitud del salario, y yo estoy irremediablemente en contra de ambos, y dispuesto a luchar hasta el fin. Todas las noticias en contrario son falsas y maliciosas.—Eugene V. Debs."

En esta campaña el partido Socialista obtuvo en las urnas 96,116 votos. A partir de aquí, Debs se consagró enteramente a la propaganda oral en favor de sus ideas y otra

vez en mayo 5 de 1904 el partido Socialista le nombró su candidato.

Los adversarios de Debs en esta campaña de 1904, fueron Theodore Roosevelt, en la papeleta republicana y el Juez Aiton B. Parker en la demócrata. La lucha fué más reñida entonces que en el 1900, porque ya el sentimiento socialista se había comenzado a generalizar. Las urnas arrojaron esta vez a favor del partido socialista la cifra de 402,321 votos.

En el 1908 volvió a proclamársele candidato. Esta campaña de 1908 dió lugar a una de las más pintorescas y dramáticas notas presenciadas en una campaña política: el "tren especial rojo." Este fué un tren que se contrató para uso exclusivo de Debs en su campaña oratoria por toda la nación. El tren especial rojo visitó casi todos los Estados de la Unión y grandes y vociferantes multitudes le acogían en cada punto. Llevaba una banda de música que tocaba en las paradas la Marsellesa y otros himnos revolucionarios. Otros oradores conspicuos del partido ayudaron a Debs en su labor de pro pagar el mensaje socialista.

El voto alcanzado por el socialismo en 1908 fué de 420,973.

En el 1912, al reunirse la Convención socialista para designar candidato, se hizo una llamada por lista de todos los Estados, para determinar la candidatura de las delegaciones de los respectivos Estados para el puesto presidencial. Un delegado se levantó y pronunció el nombre de Debs y entonces no quedó una sola voz que no clamara: ¡Debs! ¡Debs! ¡Debs! Por cuarta vez recaía en este hombre insigne la designación unánime de sus correligionarios para portabandera de su partido. Los esfuerzos que en esta campaña de 1912 llevaron a cabo los oradores del partido socialista bajo la inspirada y brillante dirección de Debs, fueron coronados por un tremendo aumento del voto, que esta vez saltó a 901,062, o sea a más del doble del voto presidencial de 1908.

En 1916, a despecho de los ruegos insistentes de sus camaradas y amigos, Debs se negó rotundamente a aceptar la designación. En su lugar se designó a Allan L. Benson, a quien Debs no regateó su ayuda, acompañándole en su campaña oratoria por todo el país. Debs se vió obligado por sus compañeros en el distrito de Terre Haute a aceptar la candidatura para representante al Congreso, candidatura que le imponía menos esfuerzos físicos que los que exigía una campaña nacional, teniendo en cuenta el mal estado de salud en que se encontraba.

No solamente en tiempos de campaña elec

total, sino entre campaña y campaña, Debs ha estado continuamente ocupado en dar conferencias por todos los Estados Unidos. Unas veces bajo los auspicios del partido y otras bajo los auspicios del periódico "Appeal to Reason," Debs ha viajado constantemente, pronunciando conferencias en ciudades y aldeas.

Una conferencia de Debs es siempre una mezcla armoniosa de sólidos principios económicos sintéticamente expuestos, chispeantes comentarios sobre los acontecimientos del día, raptos magníficos de pura oratoria, ingeniosas anécdotas y agudos epigramas a propósito del contraste entre los puntos de vista del socialismo y los puntos de vista capitalistas, culminando todo ello en una irresistible peroración final que suspende el ánimo de los oyentes durante varios minutos hasta que la emoción estalla en aplausos. Debe hacerse mención, como una nota característica de su oratoria, del uso frecuente que hace de la antítesis en sus conferencias, uso en que nadie le supera. Una muestra: "Los trabajadores lo producen todo y no tienen nada; los capitalistas no producen nada y lo tienen todo." "Los políticos capitalistas os dirán cuán inteligentes sois; a fin de manteneros ignorantes; los socialistas os dirán cuán ignorantes sois, a fin de que podáis hacerlos inteligentes."

En adición a su constante labor como conferencista, Debs ha escrito voluminosamente para la prensa socialista. Sus escritos son elocuentes, y al leerlos uno puede imaginarse que está oyendo a Debs mismo hablando en una tribuna. Los discursos de Debs han sido impresos en forma de folletos y puestos en circulación por muchos millones.

Dentro del movimiento socialista y obrero, siempre ha luchado por la unidad y solidaridad. Varias veces ha tratado de unificar al partido socialista y al partido socialista-laborista.

Cuanto a su vida privada, todo cuanto se diga de su bondad en su trato con los demás hombres, resultaría pálido ante la realidad. El escritor Luis Kopelin cuenta de él que en el invierno de 1909 le encontró en Park Row, de New York, sin sobretodo, a pesar de q' hacía un frío de mil diablos. Era q' Debs le había dado su abrigo a un infeliz que había encontrado a la entrada del puente Brooklyn. No poco del encanto de Debs se debe a sus dotes de conversador. Tiene una habilidad suprema para hacer cuentos y no hay quien le conozca que no se dispute el placer de pasar algunas horas en conversación íntima con él.

Amado por las grandes masas del pueblo, Debs ha logrado también conquistarse el afecto de algunas de las más grandes figuras de su tiempo que le han profesado siempre singular simpatía y admiración. He aquí lo que el gran poeta Edwin Markham, autor del célebre poema "The Man With the Hoe," ha escrito acerca de Debs:

"Eugene V. Debs! He aquí a uno de los grandes nombres del siglo. Nadie, ni siquiera un enemigo político ha dicho jamás que Debs no sea sincero hasta lo más hondo de su corazón. Es un acontecimiento conocer a este valeroso amigo de los hombres. Un apretón de sus manos conforta, una mirada de su luminosa faz es una inspiración. En esa sola mirada se siente usted trasladado a la puerta de su hogar, sentado a su mesa, calentado por el fuego de su chimenea."

Otro escritor, John Swinton, reputado periodista que fué un tiempo director del New York Times," dice lo siguiente, después de haber oído, con unas cuantas décadas de por medio, a Abraham Lincoln y a Eugenio V. Debs:

"Lincoln hablaba en pro de los hombres; así habla Debs. Lincoln hablaba en bien de la justicia y el progreso; así habla Debs; Lincoln hablaba en pro de la redención del trabajador; así habla Debs. Lincoln era el enemigo de la esclavitud humana en todas sus formas; así lo es también Debs."

Debs y la guerra

En su calidad de socialista y de humanista, Debs fué un adversario decidido de la guerra y del militarismo, desde sus primeros pasos como agitador. Así al estallar la guerra europea en agosto de 1914, Debs compartió el sentimiento de horror que estremeció a millones de personas en todo el mundo civilizado. Pero, según nos dice su biógrafo Louis Kopelin,

"Debs conocía, como socialista que era, el fondo sórdido de competencia y explotación, de avaricia y riña humana, de diplomacia secreta y engaño de los pueblos ilusos por parte de las clases gobernantes, y así su odio a la guerra se volvía más intenso y desbordante a medida que su inteligencia le permitía ver más claro todo lo anterior. Habló y escribió, pues, condenando la guerra, sus causas y designios, como lo hicieron tantos otros que no comulgaban con las doctrinas sociales y políticas de Debs. Los Estados Unidos eran contrarios a la guerra; enteramente y sin

reserva alguna, y Woodrow Wilson era el más grande heraldo y profeta del sentimiento contra la guerra... hasta que nos llevó a la guerra a principios del año 1917.

“Muchos que hasta entonces se habían negado a sancionar la guerra—esta guerra o cualquiera guerra—cambiaron de parecer, fuese por convicción o conveniencia, y apoyaron la entrada de los Estados Unidos. La actitud de Debs ante la guerra permaneció virtualmente inalterable.

“Debs no estuvo presente en la Convención anti-militarista del partido socialista que se celebró en abril de 1917 en la ciudad de San Louis, pero en lo general estaba de acuerdo con la actitud adoptada por aquella Asamblea que declaró que toda guerra constituía un crimen internacional. Pero hallándose en aquel entonces muy delicado de salud, permanecía casi retirado de la vida pública, y en su retiro, dándose cuenta clara de que nada podía hacer para parar la guerra o cambiar el curso de los acontecimientos, se limitó, en lo poco que pudo escribir y hablar, a señalar pura y simplemente la causa capitalista de toda guerra y la gran lección socialista que la guerra mundial entrañaba.”

Tuvo lugar por aquel entonces el arresto de algunos socialistas que eran amigos personales y compañeros de trabajo de Debs. La causa del arresto era el haber expuesto ideas contrarias a la guerra y a la política seguida por la administración Wilson. Aquel suceso conmovió profundamente a Debs. El amor hacia sus amigos y el amor hacia la libertad de palabra se unían en el sentimiento de indignación que se apoderó de él. Al mismo tiempo, aparte de sus opiniones concernientes a las grandes cuestiones de la guerra, Debs se daba cuenta de la hipocresía de ciertos ruidosos y vociferadores patriotas americanos, que estaban empeñados en perseguir a sangre y fuego a los socialistas y a todos cuantos profirieran la más inofensiva palabra que no estuviera conforme con la manía guerrera.

En el parque de Nimisilla, en Cantón, Ohio, y en la tarde del domingo—junio 16 de 1918—Debs pronunció un discurso por el cual se le denunció, arrestó y condenó a una pena terrible. El discurso consistía casi enteramente en las manifestaciones corrientes de la propaganda socialista, con una corta y contundente crítica de la hipocresía refinada de muchos de los patrocinadores de la guerra q' al par q' clamaban por la democracia de fuera, se alzaban iracundos contra la

democracia de adentro; pero no contenía ningún ataque especial de la guerra contra Alemania, ni de sus causas o fines.

Sin embargo, el día 9 de septiembre de 1918 compareció Debs ante el Juez D. C. Westenhaver, de Cleveland, acusado de haber violado la ley de espionaje, ley que (vemos a citar a Kopelin).

“en lugar de utilizarse para perseguir a los espías alemanes, se dedicó a reprimir toda crítica de la guerra y del Gobierno.”

A pesar de que cuatro eminentes abogados, todos de filiación socialista, le acompañaron en este juicio, Debs no quiso que se hiciera en su favor ninguna defensa de carácter técnico legal, y reiteró su oposición a todas las guerras, pero alegó que la constitución americana le daba el derecho de emitir libremente sus ideas.

En septiembre 14 Debs fué condenado a la pena de diez años de presidio y habiendo apelado a la Corte Suprema de los Estados Unidos, se le señaló una fianza de diez mil dólares para quedar en libertad.

En mayo 10 de 1919 la sentencia de Debs fué confirmada por la Corte Suprema de los Estados Unidos y en abril 12, estando Debs en su casa de Terre Haute, un Fiscal del Gobierno Federal llamó a Debs al teléfono y le ordenó que saliese inmediatamente para Cleveland. De allí salió para su prisión en Moundsville, y aunque el viaje era demasiado largo para un hombre de 64 años, Debs lo soportó bien, charlando por todo el camino con sus guardias y con los varios camaradas que le acompañaban. Debs entró en la prisión de Moundsville a las diez de la noche del día 13 de abril. En esta penitenciaría, a cargo de Joseph Z. Terrell, se le trató bondadosamente, permitiéndosele que escribiese todas las cartas que quisiese y dejándosele recibir libros y periódicos a condición de que no tratara de repartir folletos radicales entre los otros prisioneros, pudiendo también recibir visitas. Debs no tardó en conquistarse la simpatía y el respeto de todos los empleados del presidio, desde el director hasta los guardias. Y aquí dejamos otra vez la palabra a Kopelin.

“Poco tiempo después de entrar en la cárcel, mi compañero en la redacción de “Appeal to Reason,” E. Haldeman Julius, obtuvo una importante interviú con A. Mitchell Palmer, Procurador General de los Estados Unidos, y en ella Palmer insinuó a Haldeman Julius que si Debs mostraba espíritu de arrepentimiento y solicitaba indulto, se le pondría en libertad.”

"Por razones claras el Departamento de Justicia ordenó en junio 13 de 1919 que se trasladara a Debs de su prisión de Moundsville al presidio federal de Atlanta, Ga, donde tendrían fin las bondadosas pruebas de respeto y simpatía de que había sido objeto hasta entonces el reo. La salud de Debs comenzó a empeorar tan rápidamente en Atlanta, que los médicos de la prisión tuvieron que aplicarle estimulantes para mantenerle en pie. Finalmente su condición se hizo tan alarmante, que las autoridades temieron que se le muriese en las manos, y se le trasladó a un cuarto en el hospital de la prisión donde podía disfrutar de mayor comodidad y se le permitía un poco de ejercicio en el patio de la cárcel todos los días, siendo necesario relevarle también de las faenas duras que pesaban sobre él como confinado. El número de Debs en la prisión de Atlanta es el de 9653. Se le permite escribir una carta cada semana, pero no se le deja recibir libros ni periódicos, ni nada semejante.

"Debs leyó la interviú que el Procurador General Palmer había celebrado con Haldeman Julius, la que fué publicada en el "Appeal," y a propósito de ella, un repórter del "New York Call" que le visitó, le interrogó acerca de cuál era su actitud en cuanto a la indicación de arrepentirse y solicitar indulto. La respuesta de Debs no se hizo esperar:

"Arrepentirme por haberme portado como un hombre! Por tener convicciones acerca de una cuestión pública y defender la causa en que milito. Como! Antes de ponerme el cilicio y caer de rodillas en la ceniza ante el Procurador General u otro hombre cualquiera de la tierra por abrigar un principio, marcharía alegremente hacia el cadalso o la horca. Si yo hiciera cosa semejante, las bárbaras torturas de la inquisición no serían suficiente castigo para mí. No! Ni en mil años me arrepentiré de uno solo de los principios que he mantenido y que mantengo. Ellos me son más queridos que la libertad. Más que la vida misma."

Fragmento del discurso que motivó el proceso de Debs

Refiriéndose a los camaradas que habían pagado con la cárcel su devoción a la causa de la clase trabajadora, exclamó:

"Ellos se darán cuenta ahora lo mismo que nosotros de que es extremadamente peligroso ejercitar el derecho constitucio-

nal de la libre emisión del pensamiento en un país que dice estar luchando para hacer del mundo un lugar propio para la democracia."

Refiriéndose a las trabas que habían impuesto las autoridades al ejercicio de la palabra, dijo:

"Debo ser extremadamente cuidadoso, prudente, en cuanto a lo que voy a decir, y aun más cuidadoso y más prudente en cuanto a la forma de decirlo. Es posible que yo no pueda decir todo lo que pienso; pero no voy a decir nada que no piense. Ellos han podido llevar a la cárcel a aquellos compañeros como nos llevarán seguramente al resto de nosotros—pero ni ellos ni nadie podrán llevar a la cárcel el movimiento socialista. Yo prefiero mil veces ser un espíritu libre en la cárcel que ser un sicofante y un cobarde en la calle."

Hablando de los políticos que manejaban el cotarro en Washington, dijo:

"Ellos tienen a orgullo el haberse elevado desde las filas a sitios de eminencia y distinción; pero yo me alegro de no hallarme en su mismo caso. Cuando yo me levante, cuando yo me eleve, habrá de ser con todos los de la fila y no simplemente "desde" las filas."

Con respecto al militarismo prusiano, declaró Debs que los socialistas eran sus enemigos jurados y que le habían estado combatiendo desde el día en que surgió a la vida el socialismo y que continuarían la lucha contra él "día y noche, hasta que sea borrado de la faz de la tierra." Habló de Liebknecht y dijo que había sido arrestado y condenado a tres meses de cárcel en Alemania, precisamente porque, como socialista, había formulado su protesta contra el Kaiser y contra su hueste militarista, y recordó que Liebknecht y Bebel, dos socialistas, fueron los únicos que tuvieron el valor de protestar cuando, a consecuencia de la guerra franco-prusiana, Alemania se anexó a Alsacia-Lorena. "Y por esto" se les condenó a dos años de cárcel en una fortaleza militar, acusados de "alta traición," de lo que se desprende que aun en aquella fecha tan remota, hace casi cincuenta años, los líderes, estos precursores del movimiento socialista internacional, estaban ya luchando contra el Kaiser y contra los "junkers" de Alemania."

Y después de manifestar cómo los socialistas alemanes habían luchado contra el Kaiser, Debs entró a considerar la actitud de ciertos elementos de los Estados Unidos

con respecto al autócrata alemán antes de estallar la guerra última. Recordó la visita de Roosevelt al Kaiser, con quien, al decir de los periódicos, llegó a intimar extraordinariamente. Recordó que Roosevelt, después de presenciar un desfile de las tropas del Kaiser, había exclamado entusiásticamente: "Si yo tuviera un ejército como éste, conquistaría el mundo." Y Debs agregó: "Mientras Roosevelt era festejado regíamente por el Kaiser alemán, ese mismo Kaiser estaba mandando a la cárcel a los líderes del partido socialista por protestar contra su política y la de los 'junkers' de Alemania." Y ridiculizó la idea de que hombres como Roosevelt fueran tenidos como patriotas en tanto que a los socialistas se les ponía el estigma de traidores. "Yo reto a todos ustedes—exclamó—a que encuentren un solo socialista en cualquier punto del planeta, que haya sido jamás el huésped de la bestia de Berlín, a excepción de que lo haya sido en calidad de confinado en sus prisiones."

... ..
 "En 1902 el príncipe Henry hizo una visita a este país. El príncipe Henry es hermano del rey Guillermo. El príncipe Henry es otra bestia de Berlín, un autócrata, un aristócrata, un 'junkner' de 'junkners'... muypreciado, por nuestros patriotas americanos. El vino aquí en 1902 como representante del Kaiser Guillermo. Fué recibido por el Congreso y por varias legislaturas de los Estados, entre otros, por la legislatura del Estado de Massachusetts, que estaba entonces en sesión. Fué invitado a ella por los capitanes del capitalismo de aquella comunidad. Y cuando el príncipe Henry llegó allí, hubo sólo un miembro de aquel cuerpo que conservó el respeto de sí mismo, y se puso el sombrero, y cuando él, el príncipe, entró en la sala, el miembro de aquel cuerpo salió. Ese hombre se llamaba James F. Carey, y era el único socialista que había allí. Todos los demás—todo el resto de los representantes de Massachusetts en su legislatura—todos, toditos ellos, se unieron para rendir homenaje, en el más servil de los espíritus, al alto representante de la autoracia de Europa. Y el único hombre que salió de allí al entrar el príncipe, era socialista. Y sin embargo, tienen el cinismo de afirmar que ellos están luchando contra la autocracia y que nosotros los socialistas estamos al servicio del Gobierno alemán.

"Un poco más de historia. Recordemos otra vez la venida del príncipe Henry a

esta tierra hace quince años. Toda nuestra plutocracia, todos los acaudalados representantes que viven en la Quinta Avenida, todos, toditos ellos, abrieron de par en par las puertas de sus palacios para recibir al príncipe Henry. Y todavía esto no fué bastante: barrieron el suelo con sus estómagos, se arrastraron en el polvo que pisaban sus pies, y hombres y mujeres se disputaban el honor de arrodillarse a lamerle los zapatos al príncipe Henry, al representante de la bestia de Berlín. Y todavía nuestra plutocracia, nuestros 'junkers,'—no creáis por un momento que los 'junkers' viven sólo en Alemania—se llaman enemigos de los autócratas y nos llaman amigos y sirvientes del autócrata. Es que ellos no toleran que nosotros desviemos la mirada de los 'junkers' de Berlín, porque si la desviamos, no tardamos en ver a los 'junkers' de los Estados Unidos. Yo odio, aborrezco y desprecio, a los 'junkers.' No quiero cuentas con los 'junkers' de Alemania. Pero tampoco quiero cuentas con los 'junkers' de los Estados Unidos."

Terminó esta parte de su discurso el orador citando el famoso epigrama de que "el patriotismo es el último refugio de los bribones."

Luego habló de Kate Richards O'Hare que acababa de ser condenada a la pena de diez años de presidio por opiniones que vertió en un discurso, y dijo:

"Imaginaos! Enviar una mujer al presidio sólo por hablar. Los Estados Unidos, bajo el régimen de la plutocracia, es el único país que puede mandar a una mujer al presidio por diez años por haber ejercido su derecho constitucional a la libertad de palabra.

... ..
 "Ella hizo cierto discurso, y aquel discurso fué deliberadamente tergiversado por los espías del Gobierno, con el fin de lograr condenarla. La única prueba contra ella fué la de testigos comprados. Y cuando treinta campesinos, hombres y mujeres, que habían concurrido al mitin y oído su discurso, fueron a declarar en su favor, a jurar que ella nunca había usado el lenguaje que se la imputaba, el Juez se negó a permitir que declarasen. Esto a mí mismo me parecería increíble si yo no tuviera ya alguna experiencia propia sobre los procedimientos de una Corte Federal."

Debs manifestó que los jueces federales nunca eran nombrados por el pueblo, que

en toda la historia del país la clase trabajadora no había nombrado a un solo juez federal y que eran las corporaciones y los trusts los que dictaban su nombramiento, "y así, cuando van a su puesto, no van a servir al pueblo, sino a servirles a los intereses que los han llevado al lugar en que están.

Refiriéndose al movimiento bolchevique en Rusia, dijo:

"Aquí, en esta asamblea, oigo latir los corazones con latidos de simpatía para los bolcheviques de Rusia, para aquellos heroicos hombres y mujeres, para aquellos irreductibles camaradas que han añadido con sus sacrificios nuevos esplendores al movimiento internacional. Aquellos compañeros rusos han hecho mayores sacrificios, han sufrido más, han derramado más heroica sangre que la derramada jamás en la historia de las grandes luchas humanas. Ellos han puesto los cimientos de la primera democracia verdadera que jamás ha existido en el mundo. Y el primer acto de aquella inmortal revolución fué proclamar un estado de paz con todo el mundo, juntamente con un llamamiento, no a los reyes, no a los emperadores, no a los gobernantes, no a los diplomáticos, sino a los pueblos de todas las naciones. He ahí el primer nacimiento de la democracia, la quinta esencia de la libertad. Ellos llamaron a los pueblos de todas las naciones, a los aliados tanto como a potencias cen-

trales, para que enviaran representantes a una conferencia encargada de formular condiciones de una paz que fuera democrática y permanente. He aquí una bella oportunidad para dar el golpe decisivo encaminado 'a preparar el mundo para la democracia.' ¿Se respondió de alguna manera a tan noble llamamiento? ¿Respondió alguien a esa apelación que quedará escrita con letras de oro en la historia de la humanidad? No; nadie respondió."

Refiriéndose al sistema capitalista en su afán de aparecer como muy respetuoso del talento, dijo:

"Los capitalistas suelen tener el cerebro de la zorra, la astucia solapada de los lobos, pero en cuanto a inteligencia y de capacidad intelectual, cada día dan más palmarias pruebas de que son en su mayoría las gentes más ignorantes de la tierra."

El discurso que pronunció Debs ante el jurado, constituye una pieza oratoria tan bella y de tan formidable poder dialéctico, que nos resistimos a transcribirlo fragmentariamente y así damos por terminadas estas notas, empeñando la promesa de que traduciremos e insertaremos íntegro este magistral documento, que consideramos destinado a figurar gloriosamente en los anales del movimiento de las ideas socialistas en el mundo.

Arturo Alessandri: Primer candidato socialista electo Presidente en América

JULIO R. BARCOS

El triunfo electoral de Arturo Alessandri para Presidente de la República de Chile es una agradable sorpresa para todos los que ansiamos arrancar estos pueblos del sonambulismo del pasado en que yacen, convertidos en la bíblica estatua de sal a fuer de mirar hacia atrás, para despertarlos bruscamente a la gloriosa aurora de esta nueva civilización libertaria que estamos elaborando los rebeldes en todo el mundo.

Nos sorprende y nos alegra este insólito acontecimiento político; primeramente, porque el triunfo del candidato radical significa que la mayoría de la nación chilena se de-

clara partidaria del régimen socialista, y segundo, por ser Chile, pueblo al que teníamos por muy refractario a las ideas innovadoras de la época, el país donde se acaba de librar tan victoriosamente esta batalla revolucionaria.

A juzgar por las referencias que tenemos del señor Alessandri y sobre todo, por su programa de candidato, vemos que su elección significa el cambio de un régimen político ultra-conservador que subsistió durante casi un siglo en manos de una vieja oligarquía aristocrática (incluyendo a la burguesía liberal de estos últimos años) alia-

da del clero y el militarismo, encargada de mantener al país en las férulas y creencias, prejuicios de castas e ideas rancias del coloniaje, por un régimen democrático-radical inmediato casi al bolchevismo, que tendrá por base el poder de las clases populares y por meta la realización de los ideales socialistas del proletariado.

Arturo Alessandri no es doctrinariamente un socialista marxista o comunista, ni su país es el escenario político-económico adecuado para que pueda en él improvisarse de la noche a la mañana la figura intelectual de un ideólogo que represente el genio de la idea a la vez que de la acción, como los que han creado la República Sovietista en Rusia o los que tratan de implantarla en las demás naciones cultas de Europa. Pero no es como ideólogo que lo admiramos sino como a un precursor de la Revolución Social en nuestro Continente, que le rendimos el franco homenaje de nuestra enorme simpatía.

No solamente las naciones viejas tienen derecho al usufructo de los frutos nuevos de la cultura moderna. También nosotros los hijos de estas tierras de promisión que se llaman América, y de este siglo redentor que se llamará el siglo de los derechos humanos, somos herederos legítimos de la civilización contemporánea. No hemos de permanecer, pues, como esos miembros "opas," más o menos cretinos de la familia, en el limbo del infantilismo mental que nos haga totalmente inconscientes a las cosas que nos rodean. No, en América hay muchas cosas grandes, nobles y hermosas por hacer que reclaman hombres comprensivos, generosos y audaces que se atrevan a realizarlas. Se necesita hoy en estos países atáxicos de nuestra raza indígena cuasi-europerizada, de estos atletas fogosos y rebeldes que inflamados por un ideal de humanidad y de justicia, conscientes del mundo y la época en que viven, rectilíneos en la acción al ideal que los ilumina, sin nada de cobardía o indecisiones que mellen la firmeza de la voluntad, hagan andar, a pesar suyo, a estas colectividades amorfas y empujen la marcha de estos pueblos rezagados hacia el porvenir, así sea a golpes de genio o a golpes de puntapié. No importa la hermética estrictez de los principios; lo que importa es la eficacia revolucionaria de la acción. No importan las palabras taumatúrgicas, que producen el milagro, lo que nos interesa es el milagro mismo: despertar al Lázaro y hacerlo andar. Todo Revolucionario que destruye un orden de cosas para crear otro nuevo en el mundo desde

Cristo a Lenine, se puede decir que ha forzado la historia para hacer la historia. Los estadistas burgueses, sobrecargados de ciencia infusa del derecho, doctos en las sagradas escrituras de la ley, como los padres de la Iglesia en los santos evangelios, que defienden con sus sofismas de teólogos las instituciones moribundas del régimen capitalista, no pueden comprender a estos campeones osados, que como Ursus, saltan a la pista social a coger el toro por los cuernos. Eso escandaliza a los amos que tienen el monopolio de la violencia y la razón en sus manos, pero subleva a los esclavos que desean romper definitivamente sus cadenas.



ARTURO ALESSANDRI

Hasta ahora no habíamos salido de las oligarquías más o menos dictatoriales que con el nombre de conservadores o liberales se habían alternado en el poder, en los países latino-americanos. A excepción de Batlle y Ordóñez en el Uruguay, Madero y Carranza en México, no ha habido en toda la América un gobernante que no haya ejercido un gobierno de clase al servicio del capital en contra el proletariado. A Batlle y Ordóñez, que gobernó a nombre de un partido que no se llama socialista sino simplemente liberal y democrático, le corresponde la gloria de haber matado la guerra civil del partidatismo caudillesco y haberla sustituido por la lucha social de clases.

A don Arturo Alessandri, le está reservada con mucho mayor motivo, puesto que él se ha colocado abierta y categóricamente

frente a frente de la aristocracia envejecida en el mando, agitando ante ella el estandarte rojo de las reivindicaciones proletarias, iniciar en Chile la transformación del régimen político-económico. La obra es inmensa, si se tiene presente que habrá necesidad de desarraigar creencias y tradiciones que pertenecen al museo social como reliquias del Virreynato. Tiene a su favor, en cambio, la psicología combativa y viril del pueblo chileno, psicología que siempre fué explotada en nombre del patriotismo por las castas gobernantes,

Ignoramos si en el momento de escribir estas líneas, los partidos conservadores que acaban de sufrir esta trascendental derrota en los comicios y que son los encargados de formar el tribunal para fallar en el Congreso el triunfo de las elecciones, le concederán o no en buena ley la victoria al señor Alessandri. En cualquiera de los dos casos el dilema es siempre el mismo: la revolución legal o la revolución armada entre dos bandos irreconciliables: los elementos conservadores y los elementos radicales. Triunfe momentáneamente cualquiera de los bandos, siempre nos habrá tocado presenciar el comienzo de una nueva etapa histórica, en que la lucha que ayer se libraba en nombre de una bandera política al grito de viva Juan o Pedro, haciéndose romper la cabeza el inconsciente elector por Pedro o por Juan, desde hoy se convertirá en una lucha definida de clases donde la bandera son las ideas y los individuos, simplemente, su porta-estandarte. Esta lucha social que se inicia en Chile llevando como capitán de las nuevas huestes libertarias a un verdadero D'Artagnan del

Socialismo, como parece serio don Arturo Alessandri, hombre joven, de clarísimo talento, de simpática estampa tribunicia y capaz de correr las más peligrosas aventuras en defensa de su causa, tendrá que ser infinitamente más fecunda para aquella República que las viejas reyertas partidaristas libradas hasta la fecha en nombre de intereses parroquiales y arrogancias caciquescas. Comienza ahora la guerra santa entre el pasado y el porvenir. De un lado se congregan por instinto de conservación las fuerzas regresivas que defienden el ayer: clero, burguesía, burocracia y militarismo. Del otro lado están las fuerzas dinámicas del presente que elaboran sin cesar el mundo de mañana: los trabajadores, los educadores y las inteligencias jóvenes no embrutecidas por la educación oficial ni contaminadas por la moralidad filistea del burgués.

Muchos espíritus nuevos bien forjados para las lides del pensamiento surgirán desde ahora en Chile al conjuro de la pelea, en todos los campos de la vida intelectual: en la política, en las letras, en la enseñanza, en las artes y las ciencias.

Nos reservamos para cuando hayamos recogido una información más completa acerca de los hombres y los ideales concretos que promueven esta simpática lucha en Chile, para pronunciarnos entonces en forma analítica, pues nunca lo hacemos sin documentarnos seriamente, a lo cual debe "Cuasimodo" el prestigio de sus críticas, y añadiremos o restaremos juicios y alabanzas al presente artículo, inspirado únicamente en las crónicas que nos traen los diarios de Santiago y Lima sobre el asunto.

